

ción semejante, formando instructores.

Los dirigentes de este deporte creen que la ocurrencia de accidentes en la montaña es proporcionalmente mucho menor a la de otros, como la natación. Y que los más destacados por la prensa no se deben a la imprudencia de los andinistas, sino a cuestiones fortuitas, como el cambio brusco de las condiciones meteorológicas o algún alud.

Prudencia versus desafío

Así, San Román afirma que el cerro El Abanico —uno de los más estimulantes para los andinistas de la zona central— "ha cobrado sólo unas cinco o seis vidas en el curso de los años", lo que difícilmente se iguala al saldo que arroja, tras el verano, la playa de Cartagena, por ejemplo.

Pero este argumento no debe prestarse para perder el respeto a la montaña. Los profesionales de ella están contra los que "salen a la buena de Dios" o los "andinistas de fin de semana". Quien aspira a ser un deportista completo, debería escuchar a Lucero:

—Además de lo básico, que es seguridad en montaña, nosotros creamos una mística hacia la naturaleza, no sólo por un afán estético, sino para no destruir el ecosistema. Después viene la enseñanza de técnicas concretas. Primero, de media montaña; luego, de escalada en roca, y, por último, en hielo o alta montaña. Una vez superado este proceso de aprendizaje de tres o cuatro años, el deportista estaría en condiciones de organizar expediciones a cualquier parte del mundo.

Todo esto, concluye Lucero con la autoridad que le otorgan sus marcas, debe ir paralelo a una vivencia de las alturas, a un "ir ganando madurez". Esta madurez a la que se refiere tiene mucho que ver con el problema de la prudencia y el desafío que plantea Eduardo García.

—La gente, sobre todo los jóvenes, tiene que aprender que no hay por qué apurarse. La montaña no se va a arrancar. Si hoy no pude, porque hay un riesgo de cincuenta por ciento, espero a mañana, y vuelvo a intentarlo, cuando haya descendido a cinco por ciento.

Como pedagogo, cree que la montaña es estimulante para el niño, quien en su conquista va moldeando su carácter y desarrollando actitudes sociales positivas, como el compañerismo y el amor a la naturaleza.

Quizás ésta sea una de las razones que explican el hecho, para algunos incomprensible, de que aun con tragedias de por medio el interés por la montaña aumente. Hay consenso entre nuestros entrevistados al señalar que en esta aparente "conquista de lo inútil" el hombre ejercita su afán por vencer lo difícil.

Ximena Torres ■

JAIME GUZMAN

Transición y oposición no marxista



Es indudable que la transición hacia una democracia plena y estable, en la forma y plazos constitucionalmente establecidos, requiere un progresivo incremento de la participación ciudadana en el destino nacional. Sin ello, resultaría imposible crear los nuevos estilos políticos que esa democracia reclama, en los cuales tiendan a primar los argumentos razonados por sobre los eslóganes demagógicos, y donde más importante que vencer, sea convencer.

1) El señalado objetivo tropieza actualmente con un grave obstáculo. Me refiero a la tenaz insistencia de la oposición para continuar impugnando la legitimidad del actual gobierno y la validez del orden jurídico vigente. En forma más o menos abierta, la generalidad de los opositores juega así la carta del hipotético derrumbe del actual régimen o, al menos, del Presidente Pinochet, lo que para este efecto resulta equivalente.

Como explicable reacción a lo expuesto, el gobierno suele descalificar y combatir a todos los opositores en parecidos grados y medidas, sin mayores distingos entre ellos.

2) Las consecuencias de dicho cuadro son tan obvias como negativas. Producido un abismo absoluto e infranqueable entre el gobierno y todos sus opositores, no parece fácil ningún progreso sustantivo hacia el éxito integral de la transición.

3) Lo anterior sólo puede favorecer a los extremos. Al reducido sector fascistoide, que no desea avanzar hacia la democracia. Y al marxismo, único posible beneficiado de cualquier supuesto colapso del actual régimen. Pero nada bueno podemos aguardar de ello los demócratas, trátese de partidarios o adversarios del gobierno.

No hace falta demasiada perspicacia para advertir que un eventual término abrupto o fracasado del gobierno militar, con su consiguiente deterioro en el prestigio de nuestras fuerzas armadas y de orden, no sólo inferiría a Chile un gravísimo daño, sino que —además—

incubaría gérmenes de inestabilidad, que se arrastrarían por décadas, para cualquier fórmula democrática sobreviviente.

El traspaso gradual y oportuno del poder a la civilidad, en un contexto que preserve incólume el respeto cívico y popular hacia institutos armados profesionales y apolíticos, debe mirarse así como un requisito *sine qua non* para una futura democracia estable en Chile.

4) La responsabilidad que en ello compete a la oposición democrática fluye en toda su importancia, y se sintetiza en aceptar los marcos del debate político fijados por el gobierno. ¿Será mucho pedir? Veamos.

a) Se trata de que la oposición democrática *acate* como tales a la autoridad constituida y al orden jurídico vigente, incluida la Carta Fundamental de 1980. Nadie les ha recabado un explícito reconocimiento de legitimidad al respecto, que ellos —en conciencia— pudieren objetar. Se les exige sólo que *no impugnen* la legitimidad del gobierno ni desconozcan la *validez* de nuestro orden jurídico, sin perjuicio de su derecho a abogar por modificar el contenido de éste, conforme a los métodos en él contemplados al efecto.

b) Se trata, como parte principalísima de dicho acatamiento, que no pretendan utilizar el espacio político que la nueva institucionalidad reconoce a toda ideología democrática, para intentar introducir al marxismo de contrabando dentro de él. Nuevamente, ello no implica requerir que los opositores no marxistas *concurden* con la exclusión del marxismo de nuestra vida cívica (predicamento que, desgraciadamente, ellos rechazan), sino que *respeten* la normativa vigente en la materia.

5) Una aceptación de dichos parámetros por los opositores no marxistas, ciertamente no eliminaría sus múltiples contradicciones con el gobierno. Pero ayudaría a establecer el consenso mínimo que Chile requiere para afrontar exitosamente los demás desafíos de la transición.